

Celeste Iannelli

ARUKAH

PASOS DE VALENTÍA



Celeste Iannelli

Arukah

Bienvenida a Arukah

El lugar era blanco, totalmente blanco. Un espacio que parecía infinito, donde no se distinguían las paredes ni el techo. Lo único que se podía observar era: blanco. Mía, una adolescente de catorce años, se despertó y descubrió que se encontraba sola. Mientras intentaba comprender lo que sucedía, dónde estaba, exclamó:

—¿Estoy muerta?

En ese mismo instante apareció un chico, también de unos catorce años.

—No, querida... Estás viva... Y muerta... ¿Viva y muerta? ¿Eso es posible? —contestó el joven.

—¿Viva y muerta? ¿A la vez? —respondió Mía algo confundida.

—Erwin Schrödinger lo ve posible.

—¿Erwin qué?
—Erwin Schrödinger, el tipo del experimento.
—¿Qué experimento?
—El del gato que está vivo y muerto. Esperá, ¿sos el gato?
—¿¿¿Qué???
—Si estás viva y muerta a la vez, ¡¡¡sos el gato!!!
—exclamó con mucho entusiasmo.
—No soy un gato. Me llamo Mía. ¿Me podés decir dónde estoy y... quién sos?
—Ay, querida Mía... No te tomes todo tan literal... ¿Conocés el experimento?
—La verdad es que no...
—Bueno, entonces te lo cuento. El experimento de Schrödinger consiste en introducir un gato en una caja con una ampolla de gas tóxico que se puede romper en cualquier momento. Con la caja cerrada, nadie puede saber si la ampolla se rompió o no. Una hora después, podríamos considerar que el animal estaría, al mismo tiempo, vivo y muerto, y solo podremos conocer su estado en el momento en que abramos la caja y lo comprobemos.
—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿Dónde estoy?
—preguntó un poco enojada.
—¿Que qué tiene que ver con vos? Que estás en Arukah, querida...
—¿Y qué es este lugar? Quiero volver a mi casa.
—¿En serio querés volver? —Mía dudó al escuchar esa pregunta—. Mía, sé que las cosas no estaban bien, que atravesaste mucho dolor y mucho rechazo, y que para poder mejorar y seguir adelante, vas a tener que

recorrer mucho en Arukah. En este momento estás como el gato del experimento, entre despierta y dormida. Hasta que no perdones y, sobre todo, te perdones y aceptes a vos misma, no vas a estar lista para volver.

—¿Quién sos? —le preguntó.

—Steven. Yo no pude volver, Mía. Mi historia es muy parecida a la tuya, y mi misión es ayudarte.

Steven estiró su mano hacia Mía junto con una sonrisa que inspiraba confianza. La adolescente pensó durante unos segundos si tomar la mano de Steven. Y finalmente lo hizo.